

## LA CIENCIA DE LA INTERPRETACIÓN DE LA VIDA

*por Francisco-Manuel Nácher*

1.- Antes de empezar el desarrollo de esta conferencia es lógico que aclaremos qué entendemos por “**vida**”, qué es eso que pretendemos interpretar.

Para el hombre de la calle, **la vida es la sensación que todos tenemos, de existir, a la vez que otros seres semejantes, en un mundo que percibimos, al cual pertenecemos, que nos influye y al que influimos.**

Es algo ajeno, que nos viene dado. Algo que fluye hacia nosotros, nos alcanza, nos afecta y pasa de largo. Algo que no podemos detener ni manejar. Algo inevitable, compuesto por una sucesión de azares, de casualidades y de suertes o desgracias, que estamos obligados a disfrutar o a soportar.

Pero, para el estudiante de ocultismo, la vida es otra cosa muy distinta: La vida es la manifestación de la existencia, la voluntad y la omnisciencia de Dios y de nuestro propio espíritu, que es una parte del mismo Dios. Es, aparentemente, también un fluir inevitable hacia nosotros, pero que podemos interpretar y manejar y hasta dirigir.

Para el ocultista, que sabe que Dios compenetra todos y cada uno de los átomos del universo con Su propia vibración, vivificándolos y manteniéndolos activos; que es consciente de que hay un plan para el desarrollo de todos los espíritus en evolución; que conoce y comprende la existencia y funcionamiento de las leyes naturales, como las corrientes por las que circula la voluntad divina, que van haciendo que el proyecto previsto se vaya configurando y cumpliendo oportunamente; que percibe la armonía total entre todos los componentes del universo; que está convencido de que todo camina en la misma dirección aunque, a veces, cambie momentáneamente de sentido; que admite la existencia de grandes espíritus, encargados de que ese plan divino se realice, y que continuamente enfocan energías sobre los seres en evolución con ese fin... para quien sabe esto, la vida es la manifestación de la propia evolución divina.

Porque, si bien se examina, cuantas noticias tenemos del mundo circundante en el que vivimos, nos llegan a través de los cinco sentidos. Pero, en buena ley, esas noticias, esos conocimientos del mundo exterior no son sino interpretaciones que nosotros - nuestro espíritu - hacemos de las vibraciones captadas por los sentidos y dirigidas al cerebro.

Cierto que, además de esos datos provenientes del exterior, percibimos e interpretamos otros internos, que tienen su origen en nuestro espíritu o en nuestro cuerpo mental y que nos llegan, respectivamente, a través de la intuición y del razonamiento. O que nacen en nuestro Cuerpo de Deseos y traducimos como emociones, sentimientos y pasiones.

Podemos, pues, tener una idea sobre nosotros mismos y sobre el mundo en que vivimos y, aún, sobre los demás seres humanos. Y, por tanto, podemos actuar sobre ambos.

Y así estamos cambiando la faz de la Tierra; estamos extrayendo petróleo a un ritmo endiablado; estamos extinguiendo especies animales y vegetales; estamos exterminándonos los humanos unos a otros; podemos pensar lo que queramos y desear lo que nos apetezca. Somos, pues, libres y autosuficientes en cuanto a nuestra actuación en los diversos planos se refiere.

En ese aspecto, en lo que depende de nuestra actuación personal, la vida es fácilmente interpretable. El problema surge cuando se trata de la actuación de los demás que, si bien, similares a nosotros, tiene cada uno sus particularidades, que hacen imprevisibles sus actuaciones que puedan afectarnos.

El estudiante de ocultismo tiene, sin embargo, un arma que el hombre de la calle no tiene: Conoce la existencia y funcionamiento de la Ley del Karma. Sabe, por tanto, que lo que le sucede de desagradable o de agradable es consecuencia de sus actuaciones, sentimientos o pensamientos anteriores, bien en ésta, bien en anteriores vidas. Y sabe que, si quiere prepararse un futuro feliz, tiene que pensar, sentir y actuar a tenor de las leyes naturales, porque ellas mismas harán que todo suceda como ha deseado el propio Dios al establecerlas.

Cuenta, además, el estudiante de ocultismo, con el conocimiento de que, en la vida, todo son símbolos: no sólo las letras, las palabras, las frases, los sentimientos, los pensamientos, sino que todo, en el mundo manifestado, es símbolo de lo oculto. Todo es manifestación de algo superior.

Y sabe que todo sirve para algo y es necesario para el equilibrio y la armonía universales y que todo, por tanto, nos dice algo que hemos de saber escuchar, ver, leer u oír. Y, por tanto, interpretar y aprovechar.

Y sabe que cada uno de nosotros hemos nacido en el entorno más adecuado para nuestra evolución, generalmente escogido por nosotros mismos. Lo cual quiere decir que ese entorno está, de un modo misterioso, relacionado con nosotros. Y que un problema es sólo una prueba a superar. Y sólo lo superamos cuando dejamos de verlo como un problema y lo vemos como una oportunidad de aprendizaje.

Sabe igualmente que, en la vida, como en el teatro y en las novelas, no existe ningún personaje superfluo, sino que todos intervienen, en mayor o menor grado, en la trama y acaban influyendo en el desenlace. Y ese conocimiento le permite darse cuenta de que una persona antipática es alguien que viene a cobrarse una deuda de comprensión o de amor y es, en última instancia y en ese aspecto, su maestro. Por eso nuestro Servicio Dominical nos insiste en que debemos “*servir a la divina esencia escondida en los demás, haciendo caso omiso del aspecto, frecuentemente poco agradable, de nuestro prójimo.*”

Sabe, por tanto, que no debemos considerarnos como si fuésemos el centro del universo, porque no lo somos. No creamos que, si se produce un eclipse o si estalla una guerra, ha sido pensando en nosotros, porque no es así. Limitémonos a nuestro nivel y a nuestra vida. Porque ahí sí que somos el centro. En lo demás, somos del montón...tirando hacia abajo. Nada más. Así que, sin presunciones.

En base a esos conocimientos, el estudiante de ocultismo puede interpretar el pasado y el presente y puede prever y preparar el porvenir. Para él ya no existen el azar ni la casualidad ni la suerte, porque sabe que todo tiene una causa y todo produce un efecto y todo se mueve hacia un fin.

Esos conocimientos le permiten darse cuenta, además, del fluir de la vida y dejarse llevar por ella, sabiendo que cada cosa llega en su momento, sintiendo en su hombro la mano amorosa de Dios, que le empuja hacia delante, al tiempo que experimenta esa sensación que tan gráficamente expresa el Salmo 23: “*El Señor es mi pastor, nada me falta...*”

Es lo que se denomina “*estar positivo*”, vibrar al unísono con el universo, lo cual, a su vez, hace que nuestro pensamiento incremente su potencial creador, y nos veamos rodeados de lo hermoso y lo agradable,

y nos predispongamos hacia lo positivo y hagamos funcionar la **Ley de Atracción**, que incrementará la felicidad y la abundancia y la positividad.

2.- Puede ocurrir también que los sueños, fielmente recordados, nos hagan indicaciones sobre lo procedente, lo correcto o lo por venir, a fin de que tomemos a tiempo las medidas oportunas.

En ese sentido, es conveniente adoptar la costumbre de anotar los sueños, apenas producidos, para evitar que se borren de la memoria.

Con el tiempo, sin embargo, puede uno, en pleno sueño, grabar consciente y profundamente su contenido conscientemente en la memoria, para poder recuperarlo luego en estado de vigilia y estudiarlo e interpretarlo.

Ello facilita el que vayamos recordando lo que hacemos por la noche cuando se es ya probacionista y se empiezan a hacer incursiones por el Mundo del Deseo acompañado de alguien más ducho, para nuestra mayor seguridad.

3.- Pero hay momentos, hay acontecimientos o sucesos que escapan a ese control. Me estoy refiriendo a las cosas que no dependen de nosotros, que no hacemos nosotros ni se derivan de otras hechas por nosotros y que nos suceden sin que sepamos por qué. Y, lo que es peor, sin que sepamos qué finalidad tienen y, consecuentemente, nos veamos obligados a interpretarlas.

Son lo que se ha dado en llamar **sincronicidades**, que no son más que esos *“hechos, poco frecuentes, y que se producen al mismo tiempo que otros o relacionados con otros de un modo especial o incluso extraordinario.”* Si, cuando yo tengo veinticinco años, soy citado el día veinticinco a una reunión de profesionales, en el número veinticinco de determinada calle y resulta que, una vez reunidos, me doy cuenta de que somos veinticinco y de que todos tenemos la misma edad, no dejaré de asombrarme de tan gran “casualidad”. Pero, ¿eso es, realmente, una casualidad? Si sabemos por el ocultismo, y por pura lógica, que la casualidad no existe, no puede existir, en un universo ordenado, armónico y donde cada causa produce su efecto y todo efecto tiene su causa, ¿no es lógico pensar que esa “sincronicidad” tiene algún significado y que a través de ella, se ha pretendido decirnos algo?

4.- Las sincronicidades, que nos ocurren a todos sin excepción, - estoy seguro de que todos recordaréis alguna o algunas a lo largo de vuestras vidas - poseen varias características que les son comunes y resultan muy curiosas:

- No las podemos provocar pero, sin embargo, responden a nuestras necesidades. Es como si el universo se moviera para proporcionarnos lo que necesitamos, sea grande o pequeño.
- Son imprevisibles. Aparecen sin esperarlas.
- Sólo tienen sentido para nosotros, no para los demás.
- Relacionan algo externo con algo de nuestro interior.
- Nos producen la sensación de que hemos estado en el lugar oportuno, en el momento oportuno y junto a la persona oportuna.
- Pasan desapercibidas si no estamos atentos.
- Son avisos, consejos, recordatorios u oportunidades.

5.- La pregunta procedente ahora es: **¿Se pueden o se deben interpretar las sincronicidades?**

Lo lógico es responder que sí. Que, si nada ocurre sin una causa y todo está ordenado a un fin, se trata de mensajes para orientarnos en nuestra marcha por la vida.

Pero, ¿mensajes de quién? La respuesta más razonable es la de que sean de nuestro Yo Superior o de algún ángel, arcángel, Señor de la Mente, o de algún Auxiliar Invisible. Serían una especie de intuiciones materializadas. Y, del mismo modo que, si no nos acostumbramos a hacer caso de las intuiciones, éstas se pierden, si no nos habituamos a percibir las sincronicidades, resultan inútiles.

En cambio, del mismo modo que si nos acostumbramos a hacer caso de las intuiciones, - ese primer impulso que casi siempre rechazamos y luego resulta que era el correcto - desarrollamos la capacidad de percibir las sincronicidades y de interpretarlas debidamente, si adquirimos el hábito de observar las sincronicidades y de analizarlas, podemos extraer valiosos consejos y avisos y ayudas.

La búsqueda del sentido de las cosas es uno de nuestros impulsos innatos. Si vemos la vida como algo significativo, las sincronicidades son felices y productivas.

Para interpretar una sincronicidad es preciso:

1.- Notar la coincidencia de acontecimientos internos y externos.

2.- Darnos cuenta de su importancia.

3.- Interpretarla, situarla en nuestra vida.

Recordemos siempre que familiarizarse con las sincronicidades es aprender otro idioma.

6.- Las sincronicidades podrían dividirse en tres grandes grupos:

- **Sincronicidades aisladas**, que se presentan sin relación con nada especial y una sola vez.

- **Sincronicidades acumuladas**, que hacen coincidir varios elementos en un mismo sentido para influir en un acontecimiento.

- **Sincronicidades reiterativas**, que repiten el mismo hecho, con los mismos elementos, una y otra vez.

7.- Como he dicho que las sincronicidades sólo sirven para nosotros y yo no poseo fichas de las sucedidas a nadie, puesto que no soy un psicólogo ni un sociólogo, me habré de referir a algunas que me han sucedido a mí y que me han hecho aguzar la atención cuando se han producido. Siento, por tanto, que el resto de la conferencia haya de ser autobiográfico, pero, por definición, no puede ser de otro modo.

Enumeraré las más significativas de las que he percibido, de cada una de las tres clases, convencido de que otros cientos de ellas me habrán pasado desapercibidas, desgraciadamente. Casi todas ellas con un mensaje que, más o menos importante, se refería a mi vida.

#### **a) Sincronicidades aisladas:**

I.- Yo tenía que asistir a una reunión de trabajo que esperaba que durase todo el día. Salí de mi despacho en la calle de Ferraz, tomé un taxi y le dije que me llevase junto al Eurobuilding. Yo, debido a la frecuencia con que tomaba taxis para ir o volver de Barajas y a lo largo del trayecto, me acostumbé a tener grandes conversaciones con los taxistas. Y esta vez hice lo mismo mientras travesábamos Madrid de parte a parte. Llegué a mi destino y despedí el taxi. Por la tarde, hacia las ocho, terminada la reunión, bajé a la calle y esperé que pasara un taxi. Tomé el primero que vino y, apenas subí, me dijo el taxista: *“En mis treinta años de taxista, ésta es la primera vez que me ocurre”*. ¿El qué? - le pregunté intrigado - *“Tomar el mismo día al mismo viajero.”* Era el mismo taxi que yo había tomado en Ferraz once

horas antes. Después de comentar la casualidad que suponía que, entre más de veinte o veinticinco mil taxis que había en Madrid, hubiéramos coincidido dos veces el mismo día, empezó el hombre a contarme sus problemas. Y resultó que estaba decidido, en cuanto llegase a casa - lo había estado meditando todo el día, dijo - a decirle a su mujer, que se había quedado embarazada, que abortase, pues ya tenían cuatro hijos. Vi claro que toda aquella casualidad no tenía más objeto que evitar aquel aborto, así que me dediqué a fondo a explicarle el tema por dentro. Y lo logré. Quedó convencido y, tan agradecido y contento, que me dio su tarjeta y se fue feliz hacia su casa apenas me dejó en Ferraz.

II.- Tenía compuesto un poema con la idea de un alcorque, como los que rodean los árboles en las calles y, en el centro, mi alma luchando con las malas hierbas de mis pasiones. Veía claramente la imagen en mi mente, muy clara, pero no conocía la palabra y no encontraba ninguna que cuadrara en aquel verso, precisamente el primero. Estando yo con ese problema, apareció por casa una prima hermana mía y, durante la conversación, utilizó la palabra “alcorque”, que era la que yo necesitaba y andaba buscando, aunque no la conocía. Así que la puse en su sitio y completé el poema, que titule “*En el alcorque de mi alma...*” y que empieza, precisamente, así:

*En el alcorque de mi alma crecen  
asilvestradas todas mis pasiones...*

III.- Yo quería editar mi primer libro, “**El viaje interior**”, en el cual apareció, precisamente, el poema del “alcorque”, pero no encontraba editor. Sentía que debía publicarlo, pero no sabía cómo. En esa tesitura, mi prima, la misma del alcorque, vino a casa a visitarnos inesperadamente. Y, comentando el problema, me dijo: “ayer oí, en la emisora de radio tal, que hay una empresa que facilita la edición de libros por los propios autores. Telefoneé a la emisora, me dieron la dirección y pude así publicarlo.

En treinta años que vivo en Pozuelo, esta prima mía sólo ha venido a mi casa dos veces. Curioso, ¿no?

IV.- El editor de mi última obra publicada, “El cielo en la tierra,” estaba buscando, sin encontrarla, una ilustración para la

portada, que respondiese al título y al contenido del libro. Pero no era fácil. En esa situación llegué a la librería Alariel a dar la clase semanal de Filosofía Rosacruz y, apenas entré, me preguntó si se me ocurría alguna idea. Yo, confiando siempre en las sincronicidades, miré unas tarjetas que tenía encima del mostrador y, tomando una, dije. “ésta”. Era una idea que, luego, interpretada y pintada al óleo por mi mujer, ha resultado la portada más apropiada que podíamos imaginar. Es una de las características de las sincronicidades: si, cuando tenemos un problema nos fijamos en nuestro entorno, casi siempre surge ella para ayudarnos.

V.- Pocos días después, el mismo editor me preguntó qué nombre se me ocurría para su recién creada editorial, pues no encontraba ninguno que le satisficiera. Yo le dije: “debe estar muy cerca, espera un poco” En ese momento oí, de la conversación de unos clientes que estaban en un rincón de la tienda, la palabra “creatividad” y, automáticamente, dije “Ya está: **Editorial Creación**” Y así se llama. Nos hacía falta y vino en nuestro auxilio. Y mi obra fue la primera publicada por Editorial Creación. Es, pues, sólo cuestión de abrir los ojos... o los oídos.

VI.- Íbamos mi mujer y yo hacia Barajas en un taxi, para tomar el avión que nos había de conducir a todos los directivos de la empresa, con sus cónyuges, a una convención en Río de Janeiro. Como aún no existía la M-40, desde Pozuelo había que salir con mucha anticipación. Lo hicimos con dos horas de adelanto. Pero ese día en la M-30 se produjo tal atasco que nos quedamos bloqueados en medio de aquel maremagnum y llegamos a Barajas cuando ya pasaba una hora del momento del despegue. ¿Y qué encontramos? Que la salida había experimentado un retraso justo de una hora. Los compañeros habían ya embarcado, pero habían dejado un “*follow me*” preparado por si llegábamos a tiempo. ¡Y llegamos! Teníamos que ir a Río, y fuimos.

VII.- Nunca hubiera creído que yo fuera un casamentero, pero así resultó ser, por lo menos en dos casos. El primero ocurrió con un tío mío. Era ya mayor, sobre los cincuenta y cinco años. Y era soltero aún. Un día, por lo visto, hablamos sobre el matrimonio - yo era recién casado entonces - y, lógicamente, se lo ponderé de tal

manera que se decidió a casarse y lo hizo. Años después me confesó que su hijo me debía el haber nacido y me recordó aquella conversación conmigo en la que estuve verdaderamente convincente

Lo curioso del caso es que, a poco de venir a vivir a Pozuelo, desde Valencia, me encontré un día en la cola de un surtidor de gasolina a un compañero de carrera al que no había visto desde hacía unos veinte años. Nos abrazamos con alegría y, después de repostar los dos, nos sentamos a charlar un momento. Y, cuando le pregunté si se había casado, me respondió: “Si, me casé y tengo tres hijos, gracias a ti.”. Ante mi asombro, me recordó una conversación que habíamos tenido una tarde en un parque de Valencia, cuando éramos estudiantes, y en la cual lo convencí de que el matrimonio era el estado perfecto para el hombre. Y él me había hecho caso.

### **b).- Sincronicidades acumuladas:**

I.- Mi hija nació el 30 de diciembre en una clínica de Valencia emplazada en la Alameda, que es el real de la Feria de Navidad. Quiere eso decir que aquella noche, nuestra habitación, del primer piso, estaba sobre los tióvivos, las tómbolas, etc. que organizaban, como es costumbre un guirigay que no nos permitía oír casi nada más. Pasados los primeros momentos en la habitación con la consiguiente alegría y, después de haberse ido las visitas, acostamos a la niña en su cunita. Pero, a poco, empezó a ponerse morada. Yo, padre inexperto, pues era mi primer retoño, me precipité sobre el timbre de llamada, pero no acudió nadie. Insistí con desesperación y nada. Me fui en busca de ayuda y la encontré. No habían oído el timbre, debido al ruido de fuera. Vinieron corriendo, se llevaron a la niña, le extrajeron unas flemas de las vías respiratorias y nos la devolvieron, no sin antes explicarme lo que tenía que hacer si se producía de nuevo el incidente y ellas - las monjas - volvían a no oír el timbre: “*tome usted a la niña, se la coloca en el sobaco cabeza abajo, le mete en la boca el dedo índice de la otra mano, con una gasa, y trate se extraer la flema.*” Dicho así es muy sencillo, pero hacerlo fue terrible. Y me pasé toda la noche tocando el timbre sin ningún éxito y extrayendo flemas de aquella niña que no hacía más que fabricarlas, aparentemente para que me concienciase de que tenía que poner mucho empeño en salvarle la vida. La niña quedó, por fin, sin flemas y no pasamos a mayores.

Dos años después, precisamente un día en que yo, no recuerdo por qué causa, no había ido a mi bufete, mi mujer apareció en mi despacho de casa con la niña otra vez morada, prácticamente asfixiada. La vecina de la puerta de enfrente le hacía dado un caramelo y la niña se lo había tragado y se le había ido por la laringe. No había tiempo de llevarla al hospital porque se hubiera asfixiado. ¿Qué hacer? Recordé lo de su primera noche, la levanté, la puse boca abajo en mi sobaco izquierdo y con mi índice derecho penetré en su garganta. Toqué el caramelo y temí metérselo más aún y agravar la cosa, pero afortunadamente, pude rodearlo y extraerlo, sin más consecuencia que un rasguño que le hizo expulsar un poco de sangre. Fue el segundo aviso. Estuve en el lugar oportuno, en el momento oportuno. Porque lo lógico era que estuviese en mi despacho profesional a esa hora. Pero los hechos se enlazaron para que estuviera allí.

Ocurre algo así con esos futbolistas que, de una manera incomprensible, atraen los balones a sus pies, se coloquen donde se coloquen. ¿Qué les sucede? Que están, quizás sin saberlo, dejándose llevar por la vida de un modo positivo. Y la vida les ayuda.

Dos años después, el último día de curso fui a recogerla al colegio. Me dijo que tenía dolor de cabeza. En el coche, se acurrucó sobre el asiento del copiloto en forma extraña. Llegamos a casa y llamamos a nuestro médico, que era pediatra. Vino, la reconoció y dijo que seguramente era sarampión, ya que toda Valencia estaba llena. “*Veréis mañana como amanece con las manchas características.*” Y se fue. A la mañana siguiente, antes de irme al bufete, fui a verla. No tenía rojeces, Pero me dijo que le dolía la nuca. Yo no había tenido jamás relación alguna con la meningitis, pero en ese momento, no sé por qué, la palabra me vino a la mente y, corriendo, me dirigí a mi despacho particular, donde disponía de una nutrida biblioteca. Entre las obras que tenía, había una enciclopedia médica, en fascículos, cuya publicación ya había terminado pero cuya editorial había quebrado cuando estaba editando los índices. Así que tenía los fascículos sueltos, sin encuadernar - más de cien - y, además, no tenía índice. Y los fascículos no trataban cada uno un tema, sino que los salteaban para hacer la lectura más amena. Pues bien, llegué a mi despacho, tomé un fascículo, el primero que se me ocurrió, con la intención de seguir con los otros hasta que encontrase algo sobre la meningitis. Lo abrí y, en la primera página leí: “*Meningitis*”. Y, a continuación: “*Modo rápido de diagnosticar una*

*meningitis. Se tiende al niño boca arriba, se le dice que levante la cabeza y si, al hacerlo, se le levantan las rodillas, es meningitis. Luego habrá que hacer la punción lumbar para determinar cuál de las dos clases de meningitis es.*” Le hice la prueba y salió lo que mi intuición me había dicho. Telefoneé al médico, vino, le hizo la misma prueba con el mismo resultado – pues no había ni hay aún otra - y avisamos para que viniesen a hacerle la punción lumbar. En aquella época - estoy hablando del año sesenta y nueve - no había los adelantos de hoy y una hora perdida en una meningitis era aumentar el peligro de muerte o de ceguera o de cualquier secuela grave siempre. Se le hizo la punción, pero el resultado se tenía a las veinticuatro horas., Por fin lo tuvimos, la tarde del día siguiente, y se lo llevé al médico, el cual recetó unos comprimidos de Elkosine - nunca olvidaré el nombre - que valían veintitrés pesetas. Me fui a la primera farmacia y, al pedirlo, me dijeron: “*Si*”, y entraron a la trastienda a buscarlo. Pero salieron diciéndome que se les había terminado. Pregunté por la farmacia más próxima y me fui corriendo. Y me ocurrió lo mismo. Y así fui recorriendo farmacias. En todas creían que lo tenían, pero todas me decían que se les había agotado. Llegó la hora del cierre de las farmacias y yo ya estaba desesperado. Telefoneé a casa explicando lo que pasaba. La familia toda se movilizó. Buscamos en todas las farmacias de guardia, de Valencia y pueblos próximos, y en todos los hospitales y clínicas. En ningún sitio tenían Elkosine, con gran sorpresa, pues todos creían tenerlo. Llegaron las once de la noche y seguíamos buscando. Y entonces, al marido de mi prima hermana antes citada, - la del alcorque y la editorial para primerizos - que hacía un año o dos que no veíamos y que vivía - y sigue viviendo - en Madrid, se le ocurrió preguntarse cómo nos iría la vida y, ni corto ni perezoso, telefoneó a casa y mi mujer le explicó el problema que estábamos viviendo. Él entonces dijo: “*dame el nombre de esa medicina y voy a ver si la encuentro aquí en Madrid y os la puedo enviar con el último avión*” - el golfo, le llamaban, porque salía a la una de la madrugada hacia Valencia - Salió de su casa y, a los pocos metros, pasó por la puerta de un laboratorio farmacéutico que, a esas horas, once y media de la noche estaba siempre cerrado pero, precisamente, ese día, al pasar él, estaban bajando el cierre metálico. Se dirigió al que salía para preguntarle dónde podría encontrar la medicina y le dijo que la fabricaban ellos, que la tenía y que, además, se la regalaba, en vista del caso. La recibió, pues, fue al aeropuerto, se la entregó al piloto y, a las

dos teníamos la medicina y pudimos administrársela a mi hija. Hoy esa hija es médico y hace poco, al ver el resultado del análisis, que yo aún conservaba, comentó que, realmente, estaba muy grave.

¿Que interpretación tienen estas sincronicidades - que son muchas - para mí? Yo interpreto que tenía que salvar la vida de mi hija tres veces, quizás porque se la quité en tres existencias pasadas. Y que el marido de mi prima nos debía un favor y lo pagó así. La vida nos brindó a los dos la posibilidad de saldar deudas. Y que mi hija no tenía que morir en ninguno de los momentos relatados. Por su parte, mi hija es hoy médico, como he dicho, y se dedica a salvar vidas. Lo que no se puede hacer es decir que todo fueron casualidades.

II.- Hubo una época entre los años setenta y dos y setenta y siete en que yo tuve que viajar mucho para atraer turistas extranjeros. De modo que había días que tomaba tres aviones. Entre las empresas proveedoras de hospedaje para nuestros clientes extranjeros estaba el dueño de un bloque de apartamentos de Las Palmas, que pretendía que le contratase sus habitaciones, pero yo me resistía, no sé por qué causas. Y ocurrió que, en el aeropuerto de Stuttgart, cuando yo iba a tomar un vuelo para regresar a Madrid, choqué de frente con él. Nos aludamos, comentamos la casualidad que el encuentro suponía y nos despedimos. Pero al día siguiente volé a Sevilla y, ¿a quién me encontré en el aeropuerto? Al mismo caballero. Y, al otro día, lo volví a encontrar en el aeropuerto de Lisboa. Así que, estaba claro que tenía que contratarle los apartamentos. Lo hice y fue un buen negocio para ambos.

III.- Yo estudié la preparación para el bachillerato y los siete años que duraba, es decir, ocho años, en la misma clase que un compañero con el que hice mucha amistad. Cuando terminamos, los dos ingresamos en la Facultad de Derecho y estudiamos toda la carrera juntos, por las tardes, en mi casa, pues él vivía enfrente. Al terminar la carrera, durante un año, preparamos juntos la misma oposición. Y, luego, nos fuimos los dos a casa de mi abuela, que era una pensión, a Madrid, a terminar la preparación, hospedándonos en la misma habitación. Estaba claro que los dos sabíamos exactamente lo mismo, habiendo estudiado en los mismos libros durante quince años. Nos convocaron para la oposición juntos y tuvimos que responder al mismo tema por escrito. Pues bien, a mí me suspendieron en el primer ejercicio

y él obtuvo el número tres de la oposición. Ciertamente yo estaba fichado como rojo, debido a un malentendido con mi padre que narro en mi segundo libro *“Momentos con mi abuelo”*, y él llevaba recomendación para el ministro del ramo. Pero el hecho fue que yo no pude aprobar y tuve que orientar mi vida por otros derroteros. Ahora comprendo que no era aquel el camino que yo había programado antes de renacer, o no era el que me convenía, y se me obligó así a enderezar mis pasos. De otro modo, lo sucedido no tendría explicación.

IV.- El año ochenta y uno la empresa donde yo trabajaba se encontró ante la disyuntiva de informatizarse o aumentar prohibitivamente los gastos administrativos. La informatización, sin embargo, era carísima y no podíamos afrontarla. En esa tesitura, leí un anuncio que decía: *“Haga usted mismo los programas informáticos para su empresa.”* Telefoneé, pedí una cita, aprendí en una semana lo que enseñaban y me puse a programar. Me pasé cinco años programando tras la jornada laboral, más sábados y domingos. En la empresa fue una sensación, pues todos sabían que yo era abogado y no sabía informática. Pero los programas salieron y funcionaron muy bien. Durante esos años y ese esfuerzo yo me preguntaba con frecuencia qué sentido tendría en mi vida todo aquello. Y tardé poco en comprenderlo. Porque programar informáticamente, es decir, enseñarle a la máquina a preguntar lo que necesite y a manejar los datos y a proporcionar los que se necesiten, le obliga al programador a desentrañar el pensamiento, a desmontar el proceso mental hasta sus mínimos detalles, pues no puede omitir ni olvidar ninguna posibilidad ni ningún matiz, so pena de que el programa no funcione debidamente. Gracias a aquel esfuerzo, me acostumbré a situarme con gran facilidad en el mundo de la mente abstracta y a manejarme en él con cierta soltura, lo cual que ha venido luego muy bien para escribir sobre filosofía, para divulgar y explicar de modo comprensible conocimientos complicados y abstrusos de las Enseñanzas y para evolucionar yo mismo con continuas ampliaciones de conciencia.

V.- El día de la inauguración del nuevo local de la librería Alariel, en la que imparto el curso de Filosofía Rosacruz, se produjo una sincronicidad curiosa:

Coincidió con un anuncio que hizo el dueño de la librería en su revista *“Alariel”*, de mi libro recién aparecido *“¿Qué pasa cuando nos*

*morimos? ¿y después?”*. Yo iba a entrar al local, lleno ya de gente celebrando la inauguración, cuando el dueño, que estaba en la acera, a la puerta del mismo, me presentó a una joven muy bella, diciéndole que yo era la persona que buscaba. Aquello me extrañó. Y resultó lo siguiente: Esta joven, por cierto portuguesa, tenía un novio en Oporto, del que estaba perdidamente enamorada, amor que era correspondido por él. Ella trabajaba en Madrid. Hacía unos días, habían estado hablando por teléfono, diciéndose cuánto se amaban y él, le dijo que iba a colgar y a trasladarse a su casa, desde donde la volvería a llamar. Pero no lo hizo. Y esa noche tampoco, por lo que ella telefoneó para enterarse de que, durante el recorrido hacia su casa, él había sufrido un accidente de moto y estaba en estado de coma en el hospital. Ella partió en el acto hacia Oporto. Estuvo a su cabecera hasta que murió. Regresó a Madrid para despedirse del trabajo y volver a Portugal totalmente destrozada. Y, cuando ya se iba, abrió el buzón y leyó en el Boletín de Alaríel - al cual no estaba suscrita y no sabía cómo había llegado allí - el anuncio de mi libro. Pero ella lo interpretó como una conferencia que yo iba a pronunciar esa tarde. Así que pospuso su partida hacia Oporto para escuchar qué podía decir yo sobre un tema que a ella tanto le angustiaba. Llegó al local y se encontró con que no había conferencia, sino libro. Y, “casualmente”, cuando ya se iba desesperada, llegué yo. Estuvimos hablando más de una hora. Lloró, estaba deshecha - jamás he visto un amor tan hermoso como el de aquella joven - pero al fin pude hacerla comprender la verdadera situación, supo que por las noches podría estar en contacto con él, aunque luego no lo recordase, que podía orar por él, que podía ayudarle con misas, que no debía llorar ni entristecerse porque le haría daño... en fin, la joven quedó tranquila y se fue a Portugal mucho mejor informada y conforme de lo que se hubiera ido si yo me hubiese retrasado un minuto o, simplemente, no hubiera ido a la inauguración del local. Pero ocurrió, esta vez en beneficio suyo y para aumentar mi sensibilidad hacia las sincronicidades.

VI.- La primera vez que fui a nuestra Sede Central, en Oceanside, California, en el verano del año 2000, obtuve un billete de avión Madrid- Nueva York, con espera de siete horas en su aeropuerto, y continuación Nueva York-San Diego. En total, veintitantas horas desde el despegue de Barajas. El asunto me preocupaba, pues, por experiencia sé que un viaje tan largo acaba con los nervios de cualquiera y le

destroza los esquemas de comidas y de sueño para varios días, pues uno se cansa de leer y de pensar y de charlar sobre temas anodinos con desconocidos, generalmente, en otro idioma o por señas, etc. Así que subí al avión con bastante prevención. Me situé en mi asiento y me pregunté quién se sentaría en el asiento de la ventanilla, pues en ese lado del avión sólo había dos plazas. Deseé que fuese alguien simpático y con quien se pudiese hablar. Pero el avión se iba llenando y mi compañero de viaje no llegaba. Por fin, apareció una joven de unos veinticinco años, muy esbelta, algo seria, a la que ayudé a colocar sus bultos de mano en el maletero sobre nuestras cabezas, pues no parecía ser muy fuerte. Eso nos sirvió para entablar conversación, con lo cual vi que no me aburriría todo lo que estaba temiéndome. Pero nuestra conversación continuó y la joven, viendo seguramente en mí una persona mayor en la que se podía confiar, me confesó que había salido hacía pocos meses de una anorexia que la había tenido al borde de la muerte; que iba a Los Ángeles a trabajar; que estaba con un estado de ánimo de total perplejidad, porque todo lo que había pasado la había hecho plantearse muchas preguntas que no sabía responderse. Y que estaba buscando angustiosamente una persona que la pudiese orientar sobre porqué le había sucedido todo y qué objeto tenía y cuál era el sentido de la vida, si es que tenía alguno.

Comprendí inmediatamente que se trataba de una sincronicidad clarísima. Y una ocasión de servicio única. Y le dije, poco más o menos: *Mira, yo no creo en la casualidad. Y, por tanto, pienso que no puede ser casual que te hayas venido a sentar junto a la única persona entre los más de trescientos pasajeros de este avión – era un Yumbo – que puede aclararte esas dudas de un modo racional y espero que satisfactorio.* Puso unos ojos como platos, pero vi en ellos una luz de alegría. Así que empezamos a “hablar de cosas serias”. Y, como “la casualidad” (que no existe) hizo que tuviésemos que estar en el aeropuerto de Nueva York siete horas esperando cada uno su vuelo, tuvimos tiempo suficiente para, no agotar el tema, pero sí aclararle sus dudas, responder todas sus preguntas y dejarla, al despedirnos, tranquila, segura, ilusionada, sonriente y decidida a estudiar las Enseñanzas Rosacruces, de cuyas referencias tomó buena nota.

Claro que, desde el punto de vista de esta joven, aquella sincronicidad estaba destinada a ella, a solucionar sus problemas. Pero, desde el mío, fue una ocasión de servicio llovida del cielo que, afortunadamente, aproveché debidamente.

### c) .- Sincronicidades reiterativas:

I.- Si estáis positivos y os estáis dejando llevar por la vida, los semáforos de una calle, milagrosamente, se irán poniendo verdes a vuestra llegada y, además, encontraréis aparcamiento a la puerta de vuestro lugar de destino. Nos ha ocurrido a todos, pero no nos hemos dado cuenta de por qué nos sucedía y lo hemos atribuido a una “casualidad”, que no existe.

II.- La primera vez que me encontré con una rotonda de circulación fue, hacia el año setenta y seis o setenta y siete, en una ciudad alemana llamada Hanau. Como en España no se conocían, yo penetré en la rotonda pensando tener la preferencia sobre los que, dentro de ella, venían por mi izquierda. Y provoqué un verdadero concierto de claxons y toda serie de gestos airados que no supe interpretar a qué se debían. Pues bien. Desde que existen las rotondas - y para venir desde Pozuelo, donde vivo, a Madrid, hay bastantes - he observado que, al aproximarme a cada una de ellas, indefectiblemente, aparece en la rotonda un coche que me hace frenar. Muchas veces es el único coche que circula en un kilómetro a la redonda, pero indudablemente, se cruzará en la rotonda delante de mí, haciéndome frenar. Es inútil que yo, viéndolo venir, acelere o reduzca la velocidad. De un modo matemático, tendré que frenar para dejarlo pasar por la rotonda, antes de poder penetrar yo en ella. Aún no he podido deducir a qué puede deberse este fenómeno tan reiterativo y que desafía todas las estadísticas. Pienso que quizás sea el medio - o uno de los medios - que los Señores del Karma emplean para hacernos pagar pequeñas infracciones de circulación cuyo pago tengamos pendiente. En ese caso, contando con que llevo unos cincuenta años al volante, calculo que voy a tener que frenar para entrar en las rotondas hasta que me muera de viejo. ¡Qué le vamos a hacer!

III.- En Valencia tuve una secretaria que un día me enteré de que estudiaba ocultismo. Aquello era para mí tan desconocido que le pregunté si era cierto que eso existía. Me respondió que sí y que era un mundo impresionante. Pero, como yo no estaba interesado en ello, no hablamos más sobre el tema.

Ya en Madrid, alrededor del año setenta y tres, tuve otra secretaria, ésta argentina, que el día de mi santo o de mi cumpleaños me regaló un libro sobre el poder del espíritu. El libro me resultó interesante y, cuando lo terminé, le pregunté dónde lo había adquirido. Me habló entonces de la Librería Argentina diciéndome que era el único sitio en Madrid donde podría encontrar libros sobre esos temas. Y allá fui. Me encontré con una estantería que ocupaba todo el paño de una pared, llena de libros de ocultismo. Y, enseguida, me llamó la atención un libro de color verde, situado bastante alto. Lo tomé y leí su título: **El Concepto Rosacruz del Cosmos**. Lo ojeé un rato y lo volví a dejar en su sitio. Y acabé comprando el primer tomo de las obras de Ramacharaka. A la semana siguiente, leído el libro y ya con el gusanillo de la inquietud despierto, volví a la Librería Argentina. Y, apenas llegado, volvió aquel libro verde a llamarme la atención y volví a tenerlo en mis manos. Pero, del mismo modo que la otra vez, lo devolví a su estante y me compré el tomo segundo de Ramacharaka. Así compré todos los tomos de ese escritor, que son doce o trece, en doce o trece semanas. Y cada vez, al llegar, me llamaba la atención aquel libro verde y lo tomaba en mis manos. Por fin, cuando ya no quedaban libros de aquel autor de nombre indio, la vez siguiente, teniendo en mis manos una vez más el Cosmos, una voz interior me dijo clarísimamente: **“¡por qué no compras éste, en vez de sólo ojearlo otra vez?”** Y así lo hice. Y... hasta ahora. El Cosmos llenó todas mis expectativas y sigue llenándolas muchos años después.

IV.- El año 70 yo tenía mi bufete en un piso céntrico de Valencia, en cuya planta baja había una sucursal de una gran agencia de viajes internacional. Su director se había casado con una amiga íntima de mi hermana, así que teníamos bastante amistad. Y ocurría con frecuencia que me lo encontraba en la acera al entrar o salir de mi bufete y charlábamos unos instantes. Y casi siempre me decía, con la mayor naturalidad: “mañana salgo para Río de Janeiro” o “la semana que viene me voy a Tokio” o “el mes pasado estuve en la India.”

A mí se me hacía la boca agua oyendo aquello y siempre le decía lo mismo, por supuesto, en broma: “A ver su me encuentras un huequecito un día, aunque sea para llevarte la maleta”.

Por aquel entonces tuve la idea de matricularme en la Escuela de Idiomas de Valencia, recién inaugurada, para el estudio simultáneo, de inglés, francés, alemán y ruso. Fui el único estudiante de los cuatro

idiomas. Mis amigos y conocidos me preguntaban para qué quería yo esos idiomas, pues los abogados no los necesitaban. Pero algo en mi interior me hacía inclinarme por aquellos estudios.

Y ocurrió que, un día, me telefoneó mi vecino de abajo al bufete y me dijo:

- He dado tu nombre a mi dirección General.

Yo, sorprendido, le pregunté:

- ¿Para qué? – y me respondió:

-¿Para qué? ¿No estás siempre diciéndome que quieres que te meta en algún viaje? Pues me han telefoneado desde Madrid pidiéndome el nombre de una persona de confianza, honesta, seria, responsable, etc. para hacerse cargo de una agencia que quieren abrir aquí de un touroperador (que venden sólo a las agencias y no al público) que es propiedad de mi empresa y de las mayores agencias de viajes de España.

Yo me quedé sorprendido y le dije:

- Pero tú sabes que no tengo la menor idea de turismo.

Y él me respondió:

- Eso es igual. Lo aprenderás fácilmente y estoy seguro de que lo harás bien. Nada pierdes con intentarlo. Así que, dentro de unos días recibirás una carta del Director General de ese touroperador para tener una entrevista contigo.

Para no cansaros, diré que vine a Madrid, tuvimos la entrevista, contra lo que yo esperaba, le gusté y me dio un cheque por una suma considerable para que buscara un local, contratara personal y empezara a funcionar quince días después. Y se me aceptó la condición de poder hacer aquello sin abandonar mi ejercicio profesional, pudiendo trasladar la nueva actividad a mi bufete o éste a la nueva oficina que contratara. Así entré en el turismo.

Y fui yo quien estableció los vuelos turísticos directos entre Valencia y Canarias, haciendo que los novios de Levante – que hasta entonces habían hecho siempre su viaje nupcial a Mallorca – empezaran a ir a las Islas Afortunadas. Influí, pues, de un modo importante, en el futuro de muchas vidas.

Pero, al año siguiente, el mismo amigo me volvió a telefonar y me dijo:

-¿Has leído el ABC de hoy?

- No – le respondí.

- Pues cómpratelo y me llamas.

Como aquello no dejaba de intrigarme, bajé, compré el ABC y le telefoneé. Me dijo que leyese un anuncio determinado en el que se buscaba, para el cargo de altísimo ejecutivo, persona de determinados requisitos. Yo lo leí y me pareció interesante. Pero ese trabajo era en Madrid. Y yo tenía mi bufete en Valencia. Y mi mujer tenía un jardín de infancia que funcionaba muy bien. Y acababa de comprarme el piso en que vivíamos. Y un apartamento en la playa...Así que todo eran inconvenientes. De todos modos, yo sentía como una voz interior que me decía “por intentarlo y ver lo que es, no pierdes nada”. Así que escribí, haciendo caso a mi amigo que me aseguró que se trataba de un anuncio, esta vez de su empresa. A los pocos días recibí una carta citándome en una conocida compañía “cazatalentos” de Madrid, para que me presentase un día determinado a realizar unas pruebas. Me adjuntaban un billete de ida y vuelta en avión. Así que lo hablé con mi mujer y, como tenía familia en Madrid a la que no había visto hacía tiempo y el viaje no me iba a costar nada, me vine y me examiné durante todo un día. Por supuesto, cuando me enteré de que se habían presentado cerca de treinta candidatos, me tranquilicé y pensé que no sería elegido y, por tanto, todo seguiría como estaba y yo habría cumplido el capricho de mi amigo.

Pero, con gran sorpresa, recibí a los pocos días una carta diciéndome que había sido seleccionado y citándome a una entrevista con el Director General. Al leer la firma de éste, me llamó la atención que se llamara como un compañero de clase del ingreso de bachillerato en el colegio de los Salesianos el año 39, recién acabada la guerra civil. Pero pensé que sería casualidad. Y resultó que, cuando tuvimos la entrevista, tras terminar, le pregunté si era el mismo y... resultó ser él. Sólo que, al ser dos años menor que yo – que iba atrasado por la guerra – no se acordaba de mí aunque yo de él sí. Y de su hermano mayor que también estuvo aquel curso en la misma clase. Luego desaparecieron ambos de mi vida.

Lo cierto es que, oyendo aquella voz interna, nos vinimos a Madrid – concretamente a Pozuelo - y en esa empresa he trabajado veinte años y en ella me he jubilado. Y, ni que decir tiene que los idiomas me han venido a las mil maravillas y que he visto casi todo el mundo y, con ello, he satisfecho mi ilusión de viajar hasta la saciedad.

Visto ahora, percibo con toda claridad que mi vida tenía que ser ésta y que tenía que hacer todo lo que hice y que el haber ejercido la

abogacía me ha dado léxico y cierta facilidad de palabra; los idiomas me han permitido – y me están permitiendo – ser uno de los nueve miembros que en el mundo dirigen la Fraternidad Rosacruz; el haber programado informáticamente, me ha hecho aprender a pensar, como ya he dicho antes. Y todo ello me está demostrando con toda claridad que **cada día de nuestra vida no es más que una concienzuda preparación para el día de hoy.**

Está claro, por otra parte, que mi amigo tenía una deuda conmigo de alguna vida anterior y la saldó con su insistencia en que yo cambiase de trabajo. Y fue, a la vez, el enviado para lograr que yo no me desviase de lo que tenía que hacer en la vida.

8.- El acostumbrarse a detectar a tiempo las sincronicidades nos enseña un idioma especial para interpretarlas y nos permite tener la confianza, la seguridad, de que las cosas irán bien y a su ritmo, no al nuestro.

Me he acostumbrado tanto a esa sensación que, cuando he de anunciar con anticipación, en Verdemente o Espacio Humano o cualquier otra publicación, los títulos de las conferencias de dos o tres meses, me limito simplemente a escribir los títulos que se me ocurren o, mejor, aquellos cuyo contenido me interesaría conocer con más detalle. Claro que eso supondrá, en su momento, un riesgo de hacerlo mal y un esfuerzo para que así no sea. Hasta ahora, en la confianza de que se producirán la inspiración y la ayuda, empiezo a preparar cada una de ellas. Y siempre hay un libro o un artículo o una meditación o un recuerdo que me facilitan el trabajo en el momento oportuno para no quedar mal del todo con vosotros y, al mismo tiempo, experimentar ampliaciones de conciencia muy interesantes como consecuencia del esfuerzo de preparación que he de hacer.

Es una cosa que me ha ocurrido siempre. Cuando ejercía la abogacía, sabía que, antes de concluir el plazo de presentación de cualquier documento, yo experimentaríamos ese fenómeno, que por eso he considerado siempre normal, aunque otros compañeros con los que lo comentaba, no lo experimentaban, consistente en que, en el momento oportuno, me llegaba el argumento o la jurisprudencia o el artículo aplicables al caso. Y siempre me fue bien.

Ya de estudiante, me acostumbré a dormir con un block y un bolígrafo - entonces un lápiz, ahora un bolígrafo - sobre la mesilla de

noche. Y muchas mañanas me he despertado con los problemas de matemáticas resueltos o con muchas notas con ideas esclarecedoras de cualquier tema que me preocupara. Así que continuó con la costumbre y me va muy bien.

¿Qué significa todo esto? Que somos mucho más de lo que vemos. Que nuestro Yo Superior, que no duerme ni descansa, porque no lo necesita, está atento si el sendero por donde estamos llevando nuestra vida - su vida - es el correcto; y que, de hacerlo así, tenemos a nuestra disposición y a nuestro servicio todas las fuerzas de la naturaleza para ayudarnos en el recorrido.

\* \* \*

### **SÓLO UNO MÁS...**

*por Francisco-Manuel Nácher*

Sólo el postrer descenso del termómetro  
 consigue congelar el bravo río.  
 Y la balanza, estática y sin vida,  
 la inclina el último grano de trigo.  
 Sólo el último paso hace posible  
 que lleguemos al punto de destino.  
 Y el último escalón, en la subida,  
 que ascendamos de un piso hasta otro piso.

El tren lo forman últimos vagones,  
 mas sólo lo completa el vagón último.  
 Sólo la última gota de la lluvia  
 permite al sol lucir en su camino.  
 Y el último minuto en este mundo  
 cierra y abre, per se, nuestro destino.  
 Que, lo último de algo es lo primero  
 de otro algo más alto y muy distinto.

¿Y, si tu sacrificio en pro de otros  
fuera el que colma y rompe el equilibrio?  
¿O tu mano, tendida al que te pide,  
fuera el último gesto en tu destino?  
¿Por qué no has de ser tú la última gota  
que haga lucir al sol en su camino,  
y el mundo, tras tu acción, se conmocione  
y se haga un mundo nuevo y sabio y limpio?

\* \* \*